

## DE LA CONVERSACION.

### PRIMER EXÁMEN.

De los defectos que es preciso evitar en la conversacion.

#### PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, conversando en el mundo, y haciendo á los hombres la gracia de morar y entretenerse con ellos. *In terris visus est, et cum hominibus conversatus est.* ¡Oh qué santas eran sus conversaciones, qué distantes estuvieron ellas de esas disputas y de tantas debilidades que tan frecuentemente se encuentran en las nuestras! *Non habet amaritudinem conversatio illius, nec tedium convictus illius. Non clamabit neque contendet.* Pongamos algunos momentos nuestros ojos sobre este divino y admirable modelo.

#### SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué cuidado hemos puesto nosotros para evitar los defectos que más ordinariamente se tienen en las conversaciones.

¿Hemos enteramente alejado de ellas el pecado, y todas las ideas que pudieran dar ocasion de producirlo?

¿Hemos apartado de ellas las maledicencias, las mentiras, las dobleces?

¿No hemos dicho nada en ellas por vanidad, por cólera, por menosprecio ó por venganza?

¿No hemos ridiculizado á las personas, sobre todo á las que nos han dado algun motivo de disgusto?

¿No hemos conceptuado de ridículas las acciones santas, las máximas cristianas y las prácticas de piedad?

¿No hemos tratado en ellas de destruir con nuestros discursos demasiado libres, y tal vez por una secreta envidia, los buenos sentimientos y las santas resoluciones de aquellos que eran más fervorosos que nosotros, y cuya vida más arreglada nos era materia de reproche?

¿No hemos hablado con calor, con arrebatado, y con terquedad; y no nos hemos dejado llevar de las disputas y de los gritos, que el Apóstol condena en los cristianos?

¿No hemos propuesto materias que no eran propias sino para excitar ó renovar las disputas, sobre las cuales sabíamos bien que era mejor guardar silencio?

¿No hemos herido la santa caridad, criticando sin escrúpulo las acciones de los otros, exajerando sus faltas, rebajando sus virtudes, fomentando las divisiones, formando partidos, buscando añudar amistades particulares, que debilitan la caridad

comun, y que son, en el lenguaje de los Santos, como otras tantas conspiraciones y ligas contra el bien de la comunidad?

¿No hemos casi siempre hablado sin querer escuchar á los demás, y no les hemos interrumpido muchas veces, por un grande prurito de hablar?

En fin, por habernos entregado demasiado á la disipacion y placer de lo que conversamos, ¿no hemos estado en seguida distraídos y disgustados en nuestros ejercicios?

TERCER PUNTO.

¡Cuán inminentes son, oh Dios mio, los peligros á que exponen las conversaciones que no son regladas por un espíritu cristiano! Una sola palabra, un gesto, un tono de voz basta para lastimar la caridad; el amor propio y el orgullo se mezclan en ellas casi siempre, lo mismo que las asechanzas del espíritu perturbador, y por desgracia yo sé bien estas cosas por mi propia experiencia. Esto es, oh Dios mio, lo que me obliga, arrojado á vuestros piés, á demandaros perdon de todas las faltas que os han ofendido en mis conversaciones, y la gracia necesaria para practicarlas en lo sucesivo de una manera tan santa, que puedan servir de ejemplo y de modelo al resto de los cristianos: *Ut in omni conversatione vestra sancti sitis... Exemplum esto fidelium in bona conversatione.*

## SEGUNDO EXÁMEN.

De las virtudes que se deben practicar en ella.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor conversando en medio de los hombres, y enseñándonos con su ejemplo las virtudes que nosotros debemos practicar en nuestras conversaciones. El habla con dulzura, escucha con paciencia, y soporta los defectos del prójimo con caridad. Su modestia, su condescendencia y humildad encantan á todo el mundo. Nada más admirable, nada más digno de nuestros respetos que Jesús conversando con los hombres. (*August.*)

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si en nuestras conversaciones nosotros practicamos las virtudes que nuestro Señor exige de nosotros, y que san Pablo enseña á los efesios: la humildad, la dulzura, la paciencia y la caridad para soportarnos los unos á los otros.

1. ¿Hemos ejercitado en ellas la *humildad*, estimándonos indignos de conversar con los hombres, despues de haber merecido por nuestros pecados no conversar sino con los demonios?

¿Tratamos en ellas á nuestros hermanos con respeto, segun el consejo del Apóstol: *Honore invicem prevenientes?*

¿Les hemos escuchado con gusto, y hemos deferido á sus sentimientos, sin querer mucho sostener los nuestros?

¿Hemos sufrido sin pena no ser escuchados ó ser interrumpidos?

Cuando íbamos á decir alguna cosa que hubiera podido traernos elogio ó estimacion, ¿hemos tomado el partido de callar más bien que de hablar?

2. ¿Hemos en ellas ejercitado la *paciencia*, soportando al prójimo en sus debilidades y defectos; y no mostrando enojo por sus groserías, muchas veces bien repugnantes?

Cuando se nos ha dado algun aviso para nuestra perfeccion, que nos ha hecho notar alguno de nuestros defectos, ó que nos ha abochornado, ¿lo hemos sufrido sin turbacion y sin perder aquella paz interior que Dios demanda de sus hijos?

3. ¿Hemos practicado la *caridad*, mostrando afecto á nuestros hermanos, hablándoles con cordialidad, y prestándoles todo género de buenos oficios?

¿Hemos tomado parte en todo lo que les toca? ¿hemosles consolado en su tristeza, animado en sus adversidades, fortificado en sus debilidades y sostenido en sus tentaciones?

¿Les hemos llevado á Dios, aconsejándoles bien, inspirándoles máximas santas y gusto por la devocion; en una palabra, ha-

ciéndonos todos para todos, á ejemplo del Apóstol, para conducirlos á Jesucristo?

4. ¿Hemos practicado la *dulzura*, mostrando siempre un rostro sereno, un aire afable, una manera de hablar simple y cordial, en fin, un exterior humano y complaciente, y que dé á entender el deseo, en cuanto la prudencia lo demanda, de contentar á todo el mundo: *In mansuetudine sapientie?* (Jac. III).

¿Hemos tomado á buena parte todo lo que se nos ha dicho; lo hemos interpretado todo favorablemente, y en lugar de dejarnos llevar á condenar á los otros, para excusarnos, les hemos justificado aún á nuestras expensas?

En una palabra, ¿qué condescendencia, qué modestia, qué mortificacion, qué pureza, qué celo por la gloria de Dios y por la salud de nuestros hermanos hemos hecho aparecer en nuestras conversaciones?

#### TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡qué agradables os serian nuestras conversaciones y qué útiles al prójimo y á nosotros mismos, si practicásemos en ellas las virtudes de que vuestro Hijo nos ha mostrado el ejemplo en las suyas! Dadnos la gracia, Dios mio, para marchar sobre ellas, é imitar tambien sus conversaciones, que se juzgue al presenciar las nuestras que os pertenecemos, y que es

de ese modo como deben conversar todos los que desean estar con Vos. *Ut qui vident stupeant, admirentur et dicant: Hi homines sunt Dei, quorum talis est conversatio.*

### TERCER EXÁMEN.

De las personas con quienes se debe conversar.

#### PRIMER PUNTO.

Adoremos la conducta de nuestro Señor, toda llena de sabiduría y de caridad, en la complacencia que tiene en conversar con los hombres. *Deliciae meae esse cum filiis hominum*, particularmente con los pobres, los simples y los pequeños. *Cum simplicibus sermocinatio ejus*; pero sobre todo con aquellos que le designó su Padre, y que previó le debían ser más fieles: *Pater, quos dedisti Mihi, volo ut illi sint Mecum.* ¡Qué admirable instruccion esta para gobernarnos en la eleccion que nosotros debemos hacer de las personas con quienes hemos de conversar! Bien merece ella que la grabemos en nuestro corazon, y que rindamos acciones de gracias y nuestros demás obsequios á quien nos la dió.

#### SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con quien conversamos nosotros más ordinariamente, y si seguimos en esto el ejemplo y los consejos de nuestro Señor.

¿Nos hemos hecho un placer de conversar con los pobres, los simples y los pequeños; y en lugar de acogerlos con gusto, no hemos evitado su presencia, ó rehusado cuando vienen á nosotros?

Cuando estamos en su compañía, ¿no nos hemos mostrado altivos, melancólicos é inquietos, aplicándonos luego á buscar cualquier pretexto para retirarnos ó alejarlos de nosotros?

En lugar de imitar á nuestro Señor, que conversaba igualmente con los grandes y con los pequeños, ¿no hemos pretendido no tratar sino con personas de calidad?

Y para mejor lograrlo, ¿no nos hemos servido de rodeos, de astucias y artificios, ingiriéndonos en cualquier oficiosidad que nos diere ocasion de acercarnos á ellos?

¿No nos hemos empeñado por un fondo de orgullo y de amor propio, para insinuarnos en su espíritu, para obtener su estimacion y ganar sus buenas gracias; y no hemos usado para esto de adulaciones, complacencias y aplausos, muchas veces contra el testimonio de nuestra propia conciencia?

¿Hemos buscado en nuestras conversaciones las personas fervorosas y que se acercan mucho á Dios, que pudiesen animarnos en la práctica de la virtud y del bien, y nos infundiesen más celo por nuestra salud?

En lugar de hacernos fieles á esta práctica, ¿no encontramos ordinariamente más gusto en la compañía de personas relajadas, que no pueden sino debilitar nuestras buenas resoluciones, seducirnos y aumentar los peligros de perdernos?

¿No ponemos empeño á tratar, sino con las personas de nuestro propio país, las que tienen las mismas inclinaciones, nuestro propio humor, y aún nuestras mismas tentaciones, lo cual podría ofrecer un grande obstáculo á nuestra perfeccion?

¿Hemos tomado placer de conversar con las personas de nuestra profesion, y particularmente con aquellos que se dominan y mejor poseen su espíritu, evitando en cuanto es posible nuestra relacion con los que *llenos de las máximas del siglo no conducen sino á él?*

En fin, ¿nos hemos hecho una regla inviolable de no conversar sin necesidad con las personas de diferente sexo, y puesto el caso necesario, de jamás familiarizarnos con ellas (1), segun el consejo y la práctica de los Santos: *Cum illis sermo rarus, brevis et austerus... Mulieribus enim adhibenda est accessio quodammodo fugitiva.* (S. Bonavent.).

(1) *Tua cum mulieribus colloquia vel nulla sint, vel rarissima, vel brevissima.* (S. Basil. c. iv, S. Hier.).

TERCER PUNTO.

Dios mio, Vos me enseñais por vuestro Profeta que con los Santos se es santo, y se es perverso con los perversos. Esta importante verdad me hace conocer bien de cuánta consecuencia es para mí no pretender ni buscar sino la conversacion de los Santos. Ellos son vuestros amigos, ellos conversan de buena gana con Vos, y en conversar con ellos teneis vos vuestras delicias. ¿No seria esto solo suficiente para interesarme á preferir su conversacion á toda otra? Esta es, pues, la resolucion que tomo hoy, oh Dios mio, postrado á vuestros piés y que mediante vuestra gracia espero cumplir, siguiendo la regla que nos señalan los Santos en orden á la eleccion de aquellos que debemos asociarnos en la conversacion: *Illos suscipe, illos dilige et illis te associa, quos videris contemptores sæculi, sectatores virtutis, amatores discipline.* (S. Ber.).

CUARTO EXAMEN.

De las materias con que se ha de entretener la conversacion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor conversando con los hombres y entreteniéndose con ellos acerca de los medios de procurar

la gloria de Dios su Padre y de establecer su reino. El les habla del horror al pecado, de la huida del mundo, del menoscupio que se debe hacer de sí mismo, de la caridad para el prójimo y de la religión hácia Dios. Sus discursos sólo respiraban piedad, sus palabras lo eran de vida, todo ahí era santo, todo conducía á la perfección. Este es el modelo sobre el que los primeros cristianos y todos los Santos han formado sus conversaciones, y el que debe dirigir las nuestras si queremos conversar cristianamente y de una manera que sea digna del Evangelio. *Digne Evangelio Christi conversamini*. Ofrezcamos al Señor nuestros obsequios por el bello ejemplo que nos ha dado.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál es la materia más ordinaria de nuestras conversaciones.

¿No empleamos una gran parte de nuestras recreaciones en discursos totalmente seculares y que no son propios sino para alimentar en nosotros el espíritu del mundo?

En lugar de ocuparnos en ellos de Dios y de lo que pudiera estimular el fervor, ¿no ha versado nuestra conversacion muchas veces sobre los negocios del Estado, de la corte, del ejército, de novedades del siglo y sobre otros mil objetos capaces

de disiparnos y extraviarnos de nuestra vocacion ó profesion?

¿No tomamos un placer singular de entretenernos discurrendo sobre bellos edificios, festines, viajes, procesos, riquezas, y de la dicha de los que se establecen y hacen fortuna en el mundo?

¿O son todavía más funestos y peligrosos nuestros discursos y de aquellos que no respiran sino máximas corrompidas, ó que tienden á establecer principios de una moral demasiado relajada ó excesivamente severa, y arguyendo tal vez contra los que quieren sostener las reglas puras del Evangelio?

¿No hemos sido muchas veces molestos á los demás, ocupándonos de hablar mucho de nosotros mismos, de nuestro país, de nuestras acciones, de nuestros padres, de los empleos que hemos desempeñado en el mundo, y aún de nuestros desarreglos de nuestra vida pasada nada más que por complacer nuestra vanidad?

¿No hemos estado contentos de encontrar ocasion de divertirnos ridiculizando al prójimo, criticando sus imperfecciones, haciendo notar sus defectos, en lugar de encubrirlos con todo el cuidado que la caridad demanda?

¿No hemos gustado de hacer caer airosamente la conversacion sobre ciertas materias que nos proporcionasen un lugar de

desahogo contra las personas que no nos simpatizan ó contra aquellas con quienes hemos tenido alguna desazon ó animosidad secreta?

¿Hemos dejado pasar alguna de nuestras conversaciones sin hablar de Dios ó de alguna cosa edificante? ¿hemos experimentado gusto cuando los demás nos hablan ó nos dan ocasion de entretenernos de estos objetos santos?

En fin, ¿hemos tenido el corazon tan lleno de Jesucristo, para no hablar, á ejemplo de los Santos, sino de cosas santas y de devocion, y no tener en la boca sino palabras de paz y de caridad? *Nunquam in corde nisi Christus, nunquam in corde tuo nisi pax, nisi castitas, nisi pietas, nisi charitas.* (S. Hilar. *Arelat.*).

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cuán dichosos son los que disgustados totalmente del mundo no procuran sino complaceros y hablar siempre de Vos! Esta es la manera de imitar perfectamente las conversaciones de los Angeles y Bienaventurados, pudiendo entonces decir de verdad con el Apóstol: *Nostra conversatio in cælis est.* (Philip. III).

Que nuestro amor, oh Dios mio, nos haga gustar esta dicha, y que no hablemos sino raramente del mundo y frecuentemente de Vos, y que pueda en particular de-

cirse de cada uno de nosotros lo que un Santo ha dicho haciendo el panegirico de uno de vuestros más grandes servidores: *Cui rarior in ore mundus, frequentior Christus.* (S. Hil. *Arel. de S. Humb.*).

SOBRE LAS VISITAS.

PRIMER EXÁMEN.

De lo que se ha de evitar en las visitas.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo en las visitas que hizo durante su vida. El hizo bien pocas, mas las hizo de una manera muy santa; y por ellas nos ha merecido la gracia de santificar las nuestras, de evitar todos los defectos en que podemos en ellas incurrir. ¡Qué ventaja para nosotros encontrar en las acciones de un Dios, no solamente un modelo sobre el cual arreglemos las nuestras, sino tambien un manantial de gracias para ejecutarlas con perfeccion! ¡Que nuestros corazones se deshagan en alabanzas y en acciones de gracias á los piés de este divino Salvador!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué cuidado tenemos nosotros en nuestras visitas para evitar todo lo que los Santos condenan en ellas.